



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XX

Centro América, Enero-Febrero de 1965.

Número 201

Renovación espiritual.

La Nueva Liturgia de la Misa

¿Es tan importante el oír misa para un cristiano?

J u d e x.

La misa actual vista por un profano.

Un domingo por la mañana en X, ciudad de abolengo católico. Las gentes ataviadas en traje de fiesta entran apresuradamente a ocupar los puestos libres en los bancos de un espacioso templo. Allá al fondo, bajo un retablo cargado de imágenes, un sacerdote revestido con ornamentos segrados de pie ante el altar ha comenzado sus oraciones. Mientras unos sacan sus libros y otras personas cuchichean en voz baja, el sacerdote ha pasado a un lado del altar y lee en un voluminoso libro. Poco después la audiencia puesta en pie contempla cómo el sacerdote lee de nuevo el mismo libro, esta vez al lado opuesto. Siguen otras ceremonias sin duda menos importantes, ya que todo el mundo permanece sentado, hasta que al aviso de una campanilla se hincan de rodillas. La distancia y la aglomeración es tan grande que apenas se puede distinguir cómo el sacerdote eleva con ambas manos, primero la blanca hostia y luego un dorado cáliz. Llegan todavía muchas personas, que se esfuerzan por introducirse en los bancos en busca de algún hueco no ocupado, mientras la mayoría mira distraídamente a un lado y a otro, o curioseas el atavío de los recién llegados. Poco después comienza el desfile de los más impacientes, mientras el resto, de pie otra vez, acompaña la última lectura del sacerdote ante el libro. Este reza en voz alta final-

mente unas avemarias que son contestadas por algunos más piadosos de los asistentes, y pronto las puertas abiertas son insuficientes para dar paso a la asamblea. La ceremonia ha terminado.

Si preguntais, acercándoos a cualquiera de los grupos, por la razón de su presencia allí, os dirán: "Hemos venido a oír misa. Es una obligación de todos los fieles el asistir a misa los domingos. De otro modo cometeríamos una falta grave".

Y ¿qué hay que hacer para no incurrir en dicha falta? —Basta con asistir a la iglesia durante toda la ceremonia, o a lo menos durante la parte central, la más importante.

—Y ¿nada más? —Pues no. Nada más.

Y así es: la misa ha quedado reducida para la mayoría de los cristianos a una obligación moral que hay que cumplir aunque moleste, por evitar un pecado.

La misa en sus orígenes.

Pero, en un principio no fue así. Demos un salto atrás de muchos siglos.

Pongámonos con la imaginación en aquel mundo greco-romano de las primeras comunidades cristianas y contemplemos otra escena.

Grupos no muy numerosos de griegos, romanos o corintios van entrando en una casa cualquiera de la ciudad. Es la casa de algún cristiano que posee una habitación más amplia que los otros y la ha puesto a disposición de todos para celebrar en ella una reunión de la comunidad. Uno de los Presbíteros, acaso uno de los Apóstoles que viaja de acá para allá evangelizando a sus compatriotas y que ha vuelto a visitarlos, preside la reunión. El es el que les dirige la palabra, palabra de exhortación a imitar la vida y virtudes de Jesucristo, palabra de instrucción en la que se narra algún pasaje de su santa vida y pasión o se explica la manera cómo han de comportarse los que quieran ser de verdad sus discípulos. El es quien entona los himnos y salmos que todos corean. El es el que, ayudado de los diáconos, catequiza a los catecúmenos, les administra el santo bautismo, corrige los errores o las desviaciones morales de los ya bautizados con autoridad indiscutida, y después del ágape fraternal, de la comida en común, consagra el Cuerpo y la Sangre de Cristo y lo distribuye a los asistentes, los cuales, al comienzo de la asamblea, durante ella y al concluir, embalsaman el ambiente de caridad y unión con plegarias que entonan todos fervorosamente, dirigidos por el mismo Presbítero o santo Apóstol.

Estas asambleas o reuniones de los primeros cristianos constituyen en su origen lo que hoy llamamos la "misa", aunque aparentemente exista una diferencia muy notable entre aquellas y ésta.

Pero lo mismo en ellas que en las nuestras se pueden distinguir con suficiente claridad sus partes principales. El menos versado en liturgia sagrada puede caer en la cuenta de cómo el sacerdote invita a orar, diciendo "Oremos", o bien "Orad hermanos", y cómo la mayor parte del tiempo que pasa frente al altar lo emplea en recitar fórmulas determinadas, sea en voz alta, sea en voz baja. Puede notar también una serie de ceremonias que éste realiza (genuflexiones, incensaciones, cruces sobre las ofrendas, lavatorio de manos, etc.) y cómo en un momento determinado de la misa, interrumpe este proceso para volverse al pueblo y hacer una explicación del Evangelio o una exhortación a la práctica de las virtudes cristianas. Puede también caer en la cuenta de que allí se verifica el milagro eucarístico de la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, ya que se inclina reverente y presenta el Sacramento a la adoración de los fieles, así como luego lo reparte a los asistentes, que lo reciben de rodillas reverentemente.

La diferencia principal se halla —a nuestro juicio— en que antes el pueblo y el celebrante "realizaban" conjuntamente una acción única. Todos eran actores, cada cual en su grado. Hoy

el pueblo fiel asisten pasivamente a una representación cuyo significado ignora las más de las veces, o si —en el mejor de los casos— lo conoce, se considera extraño a ella.

La misa en la Sagrada Escritura.

Antes de explicar la evolución que se produjo en la forma primitiva de aquellas asambleas hasta llegar a su forma actual, permítasenos presentar los testimonios que nos dejaron tanto la Sagrada Escritura como los escritores de aquellas épocas pretéritas.

Estas asambleas de oración, instrucción y catequesis aparecen descritas en el libro de los Hechos de los Apóstoles y aludidas acá y allá en las Epístolas de San Pablo, las cuales en su integridad fueron escritas precisamente para ser leídas en dichas asambleas, y suplir de ese modo la palabra viva de Pablo, el cual como es natural no podía atender personalmente a todas. Lo mismo puede decirse de las cartas que escribieron Santiago, Judas, Juan y Pedro. El estilo sencillo de las instrucciones que con ocasión de estas asambleas hacían los Apóstoles pueden verse en el Evangelio de San Marcos, escrito a base de lo que este Evangelista oyó a Pedro, del que fue compañero inseparable, cuando se reunían con aquellos primitivos cristianos. (1)

En el libro de los "Hechos de los Apóstoles" nos dice San Lucas que estas asambleas de oración comenzaron a observarse a partir del mismo día de la Ascensión del Señor. Vueltos a Jerusalén los Apóstoles, "perseveraban juntos en oración con las mujeres piadosas y con María, la madre de Jesús, y con los hermanos (o parientes) del Señor". (Cap. I, verso 14).

Y poco después añade: (Cap. II, v. 42): "Y perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan (o Eucaristía) y en la oración", cita en la que aparecen ya claramente diferenciadas las tres partes (instrucción, oración, comunión) de que nos hablará más tarde San Justino.

Más adelante (Cap. 20, v. 7-12) nos refiere San Lucas una de estas asambleas, celebrada por Pablo y Lucas en Troade, ciudad del Asia Menor, en la que ocurrió un suceso que se describe con detalle y que nos confirma una vez más en su carácter y significado.

"Mas como el primer día de la semana (esto es, el día del Señor o Dies Dominicus, Domingo en nuestra lengua) nos hubiésemos congregado

(1) Según los investigadores, el Evangelio de S. Marcos lo escribió éste a petición de los fieles, deseosos de conservar por escrito aquellas narraciones llenas de viveza y jugosas con una devoción y afecto cordial hacia la figura del Señor, que en sus reuniones les hacía el Príncipe de los Apóstoles,

para partir el pan (de la Eucaristía), Pablo, que había de marchar al día siguiente, conferenciaba con los oyentes y alargó la plática hasta la media noche".

Se ve que la exhortación de San Pablo fue larga, descendiendo sin duda a detalles y consejos prácticos sobre la organización de aquella iglesia o a problemas particulares, lo cual produjo el cansancio de los jóvenes que asistían a ella, poco interesados —como es natural— en aquellos asuntos que no eran de su incumbencia. Uno de éstos se durmió y cayó de una ventana, interrumpiendo con ello el proceso de la asamblea y dando ocasión a que Pablo mostrara una vez más su poder de hacer milagros. He aquí cómo cuenta el suceso San Lucas en los versos 8, 9 y 10:

"Es de advertir que en el cenáculo donde estábamos congregados, había gran copia de luces. Y sucedió que a un mancebo llamado Eutico, estando sentado sobre una ventana, le sobrecogió un sueño muy pesado, mientras proseguía Pablo su largo discurso, y vencido al fin del sueño cayó desde el tercer piso de la casa abajo, y le lavaron muerto. Pero habiendo bajado Pablo, echóse sobre él, y abrazándole dijo: No os asustéis, pues está vivo".

Una vez aquietados los ánimos, continúa así San Lucas (versos 11 y 12): "Y subiendo otra vez, partió el pan y habiendo comido y platicado todavía con ellos hasta el amanecer, después se marchó. Al jovencito le presentaron vivo a la vista de todos, con lo cual se consolaron en extremo".

Una vez más vemos aquí repetidos los tres caracteres que distinguíamos antes: instrucción, eucaristía y oración en común. Aquí se indica también otro rasgo frecuente en las primitivas comunidades cristianas, que hoy no ha pasado a nuestras reuniones litúrgicas por los inconvenientes de orden práctico que tendría y que ya se manifestaron en tiempos de San Pablo. Nos referimos a la comida en común o al llamado "ágape de caridad" que celebraban los reunidos.

San Pablo, escribiendo a los fieles de Corinto reprende los abusos que se habían introducido en dichos ágapes y con ello nos da a conocer una vez más la finalidad de dichas asambleas: "Cada uno come lo que ha llevado para cenar, sin atender a los demás. Y así sucede que los unos no tienen nada que comer, mientras los otros comen con exceso. ¿No tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿O venis a profanar la Iglesia de Dios y avergonzar a los pobres que no tienen nada? ¿Qué os diré de esto? ¿Os alabaré? En eso no puedo alabaros". (I Cor. 11, 21-22). Donde vemos que esa comida

comunitaria no era sino un símbolo de la unión y caridad que deberían tener entre sí los hermanos.

A continuación se extiende San Pablo en la necesidad de asistir a esas reuniones con un corazón limpio que les permita recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor de manera que les aproveche para su salvación, con lo cual nos confirma en el hecho de que la consagración de la Eucaristía constituía una de las partes más importantes de tales actos. (2)

Y concluye su razonamiento con estas palabras: "Por lo cual, hermanos míos, cuando os reunís para esas comidas de caridad, esperaos los unos a los otros. Si alguien tiene hambre, coma en su casa: a fin de que el juntaros no sea para condenación vuestra. Las demás cosas, yendo yo allí, las arreglaré".

La misa en el siglo II.

En los escritos de los primeros siglos del cristianismo se habla, a veces, de estas reuniones litúrgicas.

El santo mártir Justino, en su "Apología" escrita hacia el año 150 para defender a los cristianos de su tiempo de las injustas inculpaciones en que se fundaban los Emperadores romanos para perseguirlos, tiene un pasaje bellísimo que prueba cómo ya desde muy antiguo aquellas reuniones tuvieron los caracteres fundamentales de la misa de los siglos posteriores.

"Y el día que se llama del sol, en un mismo lugar se tiene una reunión de los que habitan en las ciudades o en los campos. Se leen públicamente las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas en cuanto el tiempo lo permite. Cuando cesa el lector, el presidente hace en un discurso una amonestación y exhortaciones a imitar estas bellas cosas. Luego nos levantamos todos y oramos juntos en alta voz. Después, como ya hemos dicho, cuando se ter-

(2) He aquí el texto del Santo Apóstol: "Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo ya enseñado, y es que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traicionadamente entregado, tomó el pan y dando gracias, lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado; haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre; haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía."

"Pues todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor."

"Por tanto, examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor". (1 Cor. 11, 23 a 29).

mina la oración, se trae pan con vino y agua. El que preside hace subir al cielo, en cuanto puede, las oraciones y las eucaristías y todo el pueblo responde con la aclamación "Amén". Luego tiene lugar la distribución y repartición de estos alimentos eucaristizados, que son también llevados a los ausentes por los diáconos. Los que están en la abundancia y tienen voluntad dan lo que les place, cada uno por su propia elección. Y lo que se reúne se deposita cerca del presidente y... él se cuida de socorrer a todos los que se hallan en necesidad."

En este escrito aparecen claramente los caracteres de estas asambleas: Oración, instrucción y comunión. La alusión a la eucaristía se hace veladamente, en razón a que el libro se dirigía a los paganos, que no hubieran podido entender el misterio sublime de la transubstanciación.

Evolución de la misa.

Aunque no es esta la ocasión de describir en detalle la evolución en el modo de celebrarse estas asambleas, evolución sufrida en el correr de los años hasta alcanzar su forma actual, puesto que aquí tratamos más bien de vulgarizar estos conceptos, con todo, vamos a dar a continuación una idea de ella. (3)

Con el crecimiento de las comunidades cristianas, sobre todo desde los tiempos de Constantino en el Siglo IV, y con la construcción de templos de grandes proporciones que fueran suficientes a darles cabida, se vió la necesidad de ir reglamentando el culto divino y de fijar las fórmulas de oración por escrito, en vez de dejarlas totalmente a la improvisación del momento.

Para satisfacer a la devoción de los fieles, la asamblea única que presidía el Obispo hubo de desdoblarse, aun dentro de cada ciudad, en diversas reuniones que comenzaron a presidir los Presbíteros en nombre y con aprobación del Prelado local. Por otra parte, las ceremonias se dignificaron, pero se hicieron menos asequibles al pueblo y nació una como línea divisoria entre éste y el altar, que disminuyó su interés y redujo su participación en la liturgia. La misa pontifical o misa solemne se fue transformando en una misa rezada, en la que el celebrante aislado del pueblo comenzó a recitar sus oraciones en voz baja (Siglo IX). Finalmente, los monasterios de vida contemplativa iniciaron sus asambleas de carácter claustral, a las que el pueblo asistía tan sólo pasivamente. Muchos sa-

cerdotes decían ya sus misas privadamente por satisfacer su propia devoción, con escasa o nula asistencia de los fieles.

Sobre todo a partir del Siglo IX la necesidad creciente de dedicarse a la cura de almas, llevó a los sacerdotes a simplificar el ceremonial y reducir la duración de estas asambleas, en perjuicio de su vitalidad primitiva.

El modo de ser y las necesidades de los diversos pueblos dieron origen poco a poco a diversas formas de proceder en sus reuniones, apareciendo las llamadas liturgias milanesa, mozarabe, galicana, romana, liturgias orientales, etc.

Llegó el siglo XVI con los ataques de los protestantes a la Eucaristía y el Concilio de Trento (1545 a 1563), hubo de fijarse de un modo especial en el aspecto eucarístico y hacerlo resaltar, acaso con algún perjuicio de las otras partes de que constaban las primitivas asambleas. Finalmente San Pío V dispuso la introducción en toda la cristiandad de la liturgia romana, dándose de este modo los últimos retoques a la forma actual que ha prevalecido hasta nosotros. (4)

Reforma de la liturgia de la misa actual.

Actualmente el Concilio Vaticano II, haciéndose eco de la necesidad de revitalizar estas asambleas y aprovechando el vigoroso movimiento litúrgico iniciado en los últimos lustros, ha dispuesto la introducción de atinadas reformas no sólo en la celebración de la misa, sino en toda la liturgia de la Iglesia (breviario, sacramentos, música, arte y objetos sagrados) promulgando una Constitución sobre este asunto a fines del año 1963.

La nueva Constitución sobre la Sagrada Liturgia (5)

Notemos las graves palabras con las que el Concilio Vaticano II pondera la importancia de la sagrada liturgia.

(4) Desde entonces apenas nada se ha variado. "A los mil quinientos años de continua evolución, más o menos supervisada por la autoridad suprema, —dice Jungmann (núm. 190, pág. 195)— ha seguido una época de completa inmutabilidad, con lo cual, es cierto, se ha eliminado todo peligro de desviación en el culto esencial, pero al mismo tiempo se ha hecho que la iniciativa del pueblo cristiano, siempre viva y activa se desvie por otros cauces, los de las devociones particulares y funciones religiosas fuera de la misa, en los que muchas veces encuentra mayor interés que en el culto esencial, por adaptarse mejor a su propio modo de sentir".

La obligación de asistir a la misa los Domingos y otros días de fiesta más solemnes bajo precepto grave se sancionó por el Código de Derecho Canónico que data de 1917. El canon número 1248 dice así: "En los días festivos de precepto se debe oír misa; y hay que abstenerse de trabajos serviles y de actos forenses, etc."

(5) Véase "Constitución Conciliar sobre la Sagrada Liturgia", de 4 de Diciembre de 1963.

(3) Sobre esta materia puede verse, entre otros, el excelente libro de JOSE A. JUNGSMANN, S. J. "EL SACRIFICIO DE LA MISA", BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, Madrid, 1951. Asimismo: MARTIMORT, A. G. "LA IGLESIA EN ORACION". HERDER, Barcelona, 1964. Pueden consultarse también, entre otros muchos: VAGAGGIONI, C. O.S.B. "El sentido teológico de la liturgia", B.A.C. n. 187, Madrid, 1959. GUARDINI, R. "El espíritu de la liturgia", Araluce, Barcelona, 1945.

"La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza". Y confirma esta gravísima afirmación con las siguientes palabras: "Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor". (núm. 10 del texto).

Esta participación de los fieles en la actividad litúrgica es, pues, fruto de la labor apostólica cerca de ellos realizada por la misma Iglesia y es señal de su madurez de vida cristiana. Pero al mismo tiempo con su ejercicio se perfecciona esta vida cristiana, acaso incipiente:

"Por su parte, la liturgia misma —declara la citada Constitución— impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascales", sean "concordes en la piedad", ruega a Dios que "conserve en su vida lo que recibieron en la fe"; y la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin". (6)

Hemos de tener en cuenta el hecho de que la Iglesia es una sociedad y una sociedad dedicada al fin supraterráneo de llevar a los hombres a la bienaventuranza eterna a través de los siguientes elementos: 1.—Un conjunto de verdades fundamentales o dogmas, que el fiel cristiano admite y cree. 2.—Unos preceptos morales, que el cristiano debe guardar y que se contienen

(6) Concepto de "Liturgia". Con objeto de que se entienda mejor la importancia que la Iglesia atribuye a la liturgia, vamos a dar aquí la definición que el Papa Pío XII da de la misma en su Encíclica "Mediator Dei", de 20 de Noviembre de 1947:

"La Sagrada Liturgia —dice el Papa Pío XII— es el culto público, que nuestro Redentor rinde al Padre como cabeza de la Iglesia; y es el culto que la sociedad de los fieles rinde a su Fundador y por medio de El al Padre Eterno; es para decirlo en pocas palabras EL CULTO PUBLICO INTEGRAL DEL CUERPO MISTICO DE JESUCRISTO, es decir de su Cabeza y de sus miembros". (núm. 20).

En otras partes de la misma Encíclica se alude a ella como a "la continuación del Oficio Sacerdotal de Jesús"; al "ejercicio del Sacerdocio de Cristo"; es "signo de la presencia de Cristo en su Iglesia".

La liturgia se extiende al sacrificio, a los sacramentos y alabanzas de Dios, e igualmente a la unión de nuestras almas con Cristo y a su santificación por medio del Divino Redentor, para que sea honrado Cristo y en El y por El toda la Santísima Trinidad.

Por su parte el Concilio Vaticano II, en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia, repite estos conceptos y alabanzas. Es la manifestación de la índole y vida de la Iglesia; es elemento de nuestra santificación; es verificación de la voluntad salvífica de Cristo y ejercicio del sacerdocio de Cristo.

en la llamada Ley de Dios reducida en su esencia a los Diez Mandamientos del Decálogo de Moisés. 3.—Unos sacramentos o sea unas señales sensibles, establecidas por el mismo Jesucristo para darnos mediante ellas su gracia. 4.—Unas fórmulas más o menos fijas, de las que se sirven los fieles para elevar sus corazones a Dios y pedir su ayuda.

No hemos de olvidar que la Iglesia, como el nombre griego "ekklesia" significa, es una asamblea, una reunión, y fundamentalmente una reunión de oración. El fiel cristiano que se limitara a orar privadamente sin acudir a las reuniones comunitarias, no se podría decir que cumple integralmente su función como verdadero miembro de la Iglesia.

Ahora bien: el modo cómo se manifiesta esta vida comunitaria de la Iglesia es principalmente en las asambleas o reuniones dominicales en las que resplandece la llamada "liturgia" en todo su esplendor. Allí es donde los fieles, presididos por sus pastores actúan como verdaderos miembros de esta sociedad de origen divino y realizan esa unión entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo y su cabeza que es el mismo Cristo.

En ellas se manifiesta la Iglesia y vive de esa vida espiritual semejante a la vida de un cuerpo en el que participan todos sus miembros. De aquí que en tales reuniones no sólo los sacerdotes, sino todos y cada uno de los fieles han de tomar una parte activa e inteligente.

La asamblea se reúne sobre todo para celebrar en la alegría de la acción de gracias los acontecimientos del misterio de la salvación. También se convoca para ritos de penitencia, letanias, témporas, estaciones cuaresmales, vigiliias, de ordinario como preparación a alguna fiesta, etc.

"La fiesta —dice A. G. Martimort, pág. 127,— desborda el marco de la asamblea litúrgica. Se prolonga fácilmente en la oración y en las ceremonias extralitúrgicas, los "pía exercitia", que pueden alcanzar a veces muy alta cualidad de expresión y constituir el patrimonio cultural de un pueblo. La fiesta inspiró con frecuencia representaciones o dramas sagrados (7) y suscita también los regocijos de la ciudad y de la familia. De por sí reclama el descanso, la cesación del trabajo, la "feriación". Este conjunto de usos, incluso profanos, tiene gran importancia pastoral, con tal que se perciba o se renueve su relación con la liturgia".

La necesidad de vivir una vida comunitaria se ha manifestado en muchos actos de devoción con los que en cierta manera los fieles han tra-

(7) Tales los llamados "autos sacramentales" del teatro religioso español. N. de la R.

tado de satisfacer esa aspiración común, que no encontraban satisfecha en la misa tal cual se celebraba en los últimos tiempos, recargando o sobreponiendo a la acción litúrgica del sacerdote otras formas (novenas, devociones, cantos más o menos apropiados, explicación del catecismo, etc.), que oscurecían todavía más la actividad litúrgica común pretendida por la Iglesia.

Esto es lo que la actual reforma de la liturgia intenta subsanar y que poco a poco llegará a resucitar el verdadero espíritu, que nunca hubo de perder ésta.

¿Desaparecen los demás ejercicios piadosos?

Lo cual no quiere decir que la Iglesia desee que se prescindiera de las actuales devociones, ni que se estimen en menos. "Téngase en la debida estima los ejercicios piadosos, ordenados según las leyes o costumbres de cada lugar o Instituto. No obstante se cuidará, sobre todo si se practican en común, que vayan de acuerdo con la Sagrada Liturgia y tengan en cuenta los tiempos del año litúrgico, conforme al Artículo 13 de la Constitución", dice la Instrucción en su párrafo 17. (8)

Cambios principales introducidos en la santa misa.

Por lo que a la santa misa se refiere ha dispuesto que:

—haya más lecturas de la Sagrada Escritura, más variadas y apropiadas;

—se predique siempre un sermón en ella como parte de la acción litúrgica, a base de la Sagrada Escritura y la liturgia, como proclamación del misterio de Cristo o historia de la salvación;

—se inculque la catequesis con breves admoniciones en los momentos más oportunos del rito;

(8) La "Constitución sobre la sagrada liturgia" advierte claramente en su número 12 que "la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual". "En efecto —añade— el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol".

Y en el número 13 insiste: "Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la sede apostólica". "Gozan de una dignidad especial las prácticas religiosas de las Iglesias particulares que se celebran por mandato de los obispos, a tenor de las costumbres o de los libros legítimamente aprobados".

"Ahora bien —añade— es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia por su naturaleza está muy por encima de ellos".

—se fomenten las vísperas en algunas ferias de adviento y cuaresma y en los domingos y días festivos, sobre todo en los lugares donde no haya sacerdote, dirigiendo la celebración un diácono u otro delegado del Obispo.

—se admita la lengua vulgar sobre todo en las lecturas, moniciones y en algunas oraciones y cantos. (núm. 34 a 36).

Esta innovación que se refiere al empleo del español en grandes trozos de la liturgia actual de la misa en vez del latín, es el cambio que más ha de llamar la atención de los fieles. Estos deberán responder al celebrante en todas aquellas partes en que antes respondía sólo el ayudante y orar con él en otras.

Notemos, además, que la misa concluye con la bendición del sacerdote, sin que se sigan a ésta ni el llamado último evangelio ni las oraciones finales que se recitaban a continuación. Se suprime el Salmo "Judica me" del comienzo de la misa e inmediatamente después del Credo (que todos recitan en español) se debe añadir un breve formulario de peticiones u oraciones alternadas por el celebrante y el pueblo y que varían según los tiempos del año litúrgico. Prescindimos aquí de detallar otras innovaciones.

Celebraciones cuando no hay sacerdote.

"En los lugares donde no haya sacerdote y no se pueda celebrar la misa —dice la "Instrucción" en su número 37—, los domingos y fiestas de precepto organícese a juicio del ordinario una sagrada celebración de la palabra de Dios, presidida por un diácono o incluso por un seglar especialmente delegado". "La estructura de esta celebración será semejante a la de la Liturgia de la palabra en la misa: normalmente se leerán en lengua vulgar la Epístola y el Evangelio de la misa del día, intercalando cantos preferentemente de los salmos. Si es diácono el que preside, pronunciará la homilía, y si no lo es, leerá la homilía que le haya indicado el obispo o el párroco. La celebración terminará con la oración común de los fieles y el Padre Nuestro".

Se autorizan también estas celebraciones de la Palabra de Dios en las vísperas de las grandes festividades y en las ferias de Adviento y de Cuaresma.

La reforma litúrgica en Centro América.

Los Obispos son los encargados de llevar a la práctica y concretar el modo de aplicación de estas innovaciones. Por lo que hace a las Diócesis de la República de El Salvador, los Srs. Obispos han determinado que sea el 7 de Marzo del corriente año el día en que se implanten definitivamente las que a la celebración de la misa se refieren. Y con objeto de facilitar el paso de la antigua a la nueva, además de cur-

sillos de liturgia para sacerdotes, religiosas y seglares, han publicado una versión oficial del ordinario, con las partes que se pueden recitar en español y que será de mucha utilidad para los fieles. (9)

Conclusión.

Hay que notar, como lo advierte la "Instrucción para aplicar la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, que el objetivo de esta Constitución no es solamente cambiar unos ritos y textos litúrgicos, sino más bien "promover la educación de los fieles y una acción pastoral que tengan la sagrada liturgia como su cumbre y su fuente".

Y añade: "La razón de ser de esta acción pastoral centrada en la liturgia es hacer que se traduzca en la vida el misterio pascual, en el que el hijo de Dios, encarnado y hecho obediente hasta la muerte de cruz, es exaltado en su resurrección y ascensión, de suerte que pueda comunicar al mundo la vida divina por la que los hombres muertos al pecado y configurados con Cristo, ya no vivan para sí, sino para Aquel

(9) Reproducimos al final de este mismo número de "ECA" la versión autorizada con fecha de 1 de Enero pasado por el Excmo. Sr. Dr. Luis Chávez y González, Arzobispo de San Salvador.

que murió y resucitó por ellos". "Esto se realiza por la fe y por los sacramentos de la fe, principalmente por el bautismo y por el sacrosanto misterio de la Eucaristía, en torno al cual se ordenan los demás sacramentos y sacramentales, y el ciclo de celebraciones con que la Iglesia va desplegando a lo largo del año el Misterio Pascual de Cristo".

En otros términos: si esta renovación litúrgica debe promover la educación de los fieles, también el grado de su cooperación depende a su vez de la estima que el pueblo fiel tenga de ella, como fruto de una educación anterior y de una vigorosa vida cristiana. Aunque también es cierto que la liturgia sagrada, que incluye en sí misma los sacramentos fuentes de la gracia, lleva en su práctica integral la virtud de incrementar y elevar esa misma vida cristiana. Y allí donde ésta sea débil, habrá que empezar por una labor de catequización que instruya al pueblo y fomente su participación en la liturgia, como la palabra precede al sacrificio y la fe al sacramento.

Quiera Dios Nuestro Señor que esta renovación de la vida de la Iglesia llegue a realizarse plenamente y a constituir —como dice la "Instrucción"— "el primer fruto del Concilio Vaticano II".

Las Amas de Casa que saben Cocinar prefieren las Estufas



TROPIGAS

- Por su rapidez
- Limpieza
- Sencillas de operar
- Económicas.

**Convénzase pidiendo una demostración al
Tel. 4004**

Tropical Gas Company, Inc.